

plaza pública

para la edición del 25 de octubre de 1971

# Muertes que ~~despiertan~~ sobresalen

# El Toro, El Cochiloco

Miguel Ángel Granados Chapa

(ANM)

Todas las muertes debieran importar, por una solidaridad humana elemental. Pero hay algunas sobresalientes, por las circunstancias en que ocurren y/o por la personalidad de las víctimas. Nos referiremos en este caso a cuatro de esos casos. Dos tienen por víctimas a periodistas. Los otros dos son relativos a bandoleros de alta peligrosidad.

Juvencio Arenas Gálvez apareció asesinado, hace dos semanas, a bordo de su automóvil, en la ciudad de Los Reyes-La Paz, conurbada <sup>por el oriente</sup> ~~al~~ de México. Era corresponsal del diario vespertino <sup>X</sup> de esta capital, Cuestión. A comienzos de agosto fue asaltado, según consta en la averiguación correspondiente del ministerio público, por ~~un~~ <sup>un</sup> agente de la policía judicial del estado de México. Se presume que ese hecho puede tener relación con su asesinato.

Gabriel Venegas, reportero de Televisa, apareció muerto la semana pasada en un paraje solitario, boscoso, cerca de Villa Victoria, estado de México, en la carretera Toluca-Zitácuaro. Al parecer, el automóvil de su propiedad fue localizado en Zacatecas. Se carece de toda otra información adicional. Sin embargo, respecto de los dos casos, tras unirse al "dolor y a la indignación" de los deudos de las víctimas, el Sindicato de Trabajadores de La Jornada, única agrupación gremial que ha hecho oír su voz al respecto, dijo:

"Pareciera que prevalece en sectores oscuros de la sociedad mexicana el criterio según el cual se puede permanecer impune ante asesinatos de esta naturaleza. Periodistas y ciudadanos en general debemos estar atentos a que tal impunidad sea revertida por investigaciones que muestren autoridades dispuestas a responder a los reclamos de justicia expedita".

Los otros dos crímenes tienen que ver con delincuencia de alto rango, es decir, de peligrosidad social acusada. El miércoles 9 de octubre, en un fraccionamiento caro de Guadalajara, se produjo un homicidio de los que aparecen



plaza pública/2

con ción desbor-

en thrillers cinematográficos o en novelas escritas por autores imaginativos:  
una persona, que desciende de su gran camionte, interceptada por otro vehículo  
con una granada de mano, dispuesto a lanzarla, es alcanzado primero por cien dis-  
paros --bueno, fueron en realidad 97-- que desde varios lugares le hicieron  
los que después se sabría que son matadores profesionales vinculados al narco-  
tráfico. Porque la víctima no era, como se supuso en un principio, el honrado  
dro Orozco, comerciante en automóviles y dueño de prósperos ranchos en Colima,  
sino Manuel Salcido Azueta, apodado El Cochiloco, y un capo muy buscado del  
negocio de las drogas, que había adoptado aquel disfraz, que engañaba a todos,  
menos a quienes habían dictado contra él sentencia de muerte.

Sinaloense, Salcido Zazueta no escapó al influjo que tuvo en su tierra el  
narcotráfico en los setentas, cuando él era un veinteañero. Con su hermano Ga-  
bino, apodado El Picochulo, muerto hace tres años en un enfrentamiento con el  
ejército, comenzó siendo simplemente un pistolero, pero cuando cayeron sucesi-  
vamente Rafael Caro Quintero y Miguel Angel Félix Gallardo, sus prósperos pa-  
sionados, él quedó como uno de los capitanes del tráfico de estupefacientes. Para  
eludir a sus perseguidores, se cambió de nombre y se asentó en Colima, donde ga-  
nó fama de ciudadano respetuoso de las leyes.

Cerca de Córdoba, Ver., en la desviación a Omealca, murió junto con otr-  
cuatro personas, en un enfrentamiento con la policía judicial veracruzana, el  
cuarto de los personajes a que hoy nos referimos. Se trataba de Toribio Garga-  
llo, Peraltas, que cayó acribillado, a pesar del auxilio que le prestaron sus cuatro gua-  
daespaldadas, también muertos en la balacera. Apodado El Toro, Gargallo era un co-  
nocido matón en la comarca, sobre el que, sin embargo, no había denuncias penale-  
por el temor que sus acciones provocaban. La policía judicial informó haberlo  
cazado por casualidad, pues el vehículo en que viajaba no se detuvo para una  
revisión rutinaria en busca de armas y, al contrario, los pistoleros de Garga-  
llo dispararon contra los integrantes del retén.

El Cochiloco y El Toro, que a hierro mataron, a hierro murieron. Pero,  
¿y los periodistas?

HOY VIERNES 25  
DE OCTUBRE DE 1991

---

Según Gaviria,  
Fidel Castro

~~hizo efecto~~

## PLAZA PÚBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Muertes que sobresalen  
*El Toro, El Cochiloco*

**T**odas las muertes debieran importar, por una solidaridad humana elemental. Pero hay algunas sobresalientes, por las circunstancias en que ocurren y/o por la personalidad de las víctimas. Nos referiremos a cuatro de esos casos. Dos tienen por víctimas a periodistas. Los otros dos son relativos a pandoleros de alta peligrosidad.

Viene de la 1

Juvencio Arenas Gálvez apareció asesinado, hace dos semanas, a bordo de su automóvil, en la ciudad de Los Reyes-La Paz, conurbada por el oriente a la de México. Era corresponsal del diario vespertino *Cuestión* de esta capital. A comienzos de agosto fue asaltado, según consta en la averiguación corresponsal del Ministerio Público, por un agente de la Policía Judicial del estado de México. Se presume que ese hecho puede tener relación con su asesinato.

Gabriel Venegas, reportero de Televisa, apareció muerto la semana pasada en una paraje solitario, boscoso, cerca de Villa Victoria, estado de México, en la carretera Toluca-Zitácuaro. Al parecer, el automóvil de su propiedad fue localizado en Zacatecas. Se carece de toda otra información adicional. Sin embargo, respecto de los dos casos, tras unirse al "dolor y a la indignación" de los deudos de las víctimas, el Sindicato de Trabajado-

res de *La Jornada*, única agrupación gremial que ha hecho oír su voz al respecto, dijo:

"Pareciera que prevalece en sectores oscuros de la sociedad mexicana el criterio según el cual se puede permanecer impune ante atentados de esta naturaleza. Periodistas y ciudadanos en general debemos estar atentos a que tal impresión sea revertida por investigaciones que muestren autoridades dispuestas a responder a los reclamos de justicia expedita".

Los dos crímenes tienen que ver con delincuencia de alto rango, es decir, de peligrosidad social acusada. El miércoles 9 de octubre, en un fraccionamiento caro de Guadalajara, se produjo un homicidio de los que aparecen en *thrillers* cinematográficos o en novelas escritas por autores con imaginación desbordada: una persona, que desciende de su gran camioneta, interceptada por otro vehículo, con una granada de mano dispuesta a lanzarla, es alcanzada primero por cien disparos —bueno, fueron

en realidad 97— que desde varios lugares le hicieron los que después se sabría que son matadores profesionales vinculados al narcotráfico. Porque la víctima no era, como se supuso en un principio, el honrado Pedro Orozco, comerciante en automóviles y dueño de prósperos ranchos en Colima, sino Manuel Salcido Azueta, apodado *El Cochiloco*, y un capo muy buscado del negocio de las drogas, que había adoptado aquel disfraz, que engañaba a todos, menos a quienes habían dictado contra él sentencia de muerte.

Sinaloense, Salcido Zazueta no escapó al influjo que tuvo en su tierra el narcotráfico en los setenta, cuando él era un veinteañero. Con su hermano Gabino, apodado *El Picochulo*, muerto hace tres años en un enfrentamiento con el ejército, comenzó siendo simplemente un pistolero, pero cuando cayeron sucesivamente Rafael Caro Quintero y Miguel Ángel Félix Gallardo, sus prósperos paisanos, él quedó como uno de los capitanes del tráfico de estupefacientes. Para eludir a sus perseguidores, se cambió de

nombre y se asentó en Colima, donde ganó fama de ciudadano respetuoso de las leyes.

Cerca de Córdova, Veracruz, en la desviación de Amealca, murió junto con otras cuatro personas, en un enfrentamiento con la policía judicial veracruzana, el cuarto de los personajes a que hoy nos referimos. Se trataba de Toribio Gargallo Peralta, que cayó acribillado, a pesar del auxilio que le prestaron sus cuatro guardaespaldas, también muertos en la balacera. Apodado *El Toro*, Gargallo Peralta era un conocido matón en la comarca, sobre el que, sin embargo, no había denuncias penales por el temor que sus acciones provocaban. La Policía Judicial informó haberlo cazado por casualidad, pues el vehículo en que viajaba no se detuvo para una revisión rutinaria en busca de armas y, al contrario, los pistoleros de Gargallo dispararon contra los integrantes del retén.

*El Cochiloco* y *El Toro*, que a hierro mataron, a hierro murieron. Pero, ¿y los periodistas?